



### DICHAS Y DESDICIAS DEL SOLDADO.

*Nueva relacion de las dichas de Juan Soldado, esto es, la agudeza de unos en reclutar á otros, el egercicio, la guardia, el rancho, y el cuartel.*

*Compuesto por un Soldado de las Guardias Españolas.*

**D**ivina antorcha del mundo,  
sacra Reina de los cielos,  
favor os suplica un triste  
Soldado del Regimiento  
de las Guardias Españolas,  
realzadas con extremo,  
pues al gran Monarca Carlos  
servimos con tanto acierto.  
Y pues me dan atencion,  
oigan, que contarles quiero  
los desdichas y trabajos,  
que al pobre Soldado pasan  
sirviendo al Rey mucho tiempo.  
Digo pues que el batallon  
se compone de Sargentos,  
y de Oficiales mayores,  
de menores un sin cuento,  
que hay en cada compañía  
hasta unos diez y seis de ellos,  
unos son Cabos de escuadra,  
unos malos y otros buenos,  
aunque si bien se repara,  
contentos los mal contentos,  
hacen las dádivas siempre,

como se ve en este empleo:  
lo digo así, porque yo  
estoy de ellos tan contento,  
que al verlos de mí dos leguas,  
á fé que me causan miedo.  
Si se ofrece una salida  
para reclutar, son ellos  
los primeros para ir  
á lugares bien dispersos,  
á donde pierden sus almas  
por interés del dinero:  
unos en Valladolid,  
otros en Burgos, Toledo,  
Salamanca, Ciudad-Real,  
Madrid, por ser el mas bello,  
donde habitan con la enigma  
de enganchar al forastero,  
ó al bobaliton que encuentran  
desamparado, y con eso  
las compañías completan,  
aunque algunos son tan diestros,  
que en recibiendo la entrada,  
toman el portante luego.  
Llega á la puerta del Sol  
algun pobrete de aquestos,

y ellos que están á la espera,  
le conocen por el pelo,  
y le dicen: qué hay, paisano?  
de qué pais ó qué reino?  
El respondé: mis señores,  
qué les importa el saberlo?  
Si dice que es andaluz,  
de Galicia ó estremeño,  
catalan ó valenciano,  
aragonés ó manchego,  
de cualquier parte que sea,  
luego le cojen al tiento,  
díganos usted, paisano,  
pues siendo tan buen mancebo,  
cómo ha venido á parar  
á este pais extranjero?  
Y qué oficio predomina,  
de contador ó ingeniero?  
No señor, que yo en el campo  
egercito lo que siento.  
Jesus, y labrador dice!  
trabajar! me causa miedo;  
hendito sea mi Dios,  
y tambien mi nacimiento,  
por haber yo proseguido  
en este arte tan bueno,  
que desde que soy Soldado  
no hago caso de conejos;  
(y entré su colete dice:  
el bizcocho es lo que siento  
con el queso apolillado,  
y el bacalao); y con esto  
uno á otro se hacen señas,  
de esta manera diciendo:  
no te dije, camarada,  
que este era paisano nuestro?  
A lo que responde el otro,  
no sin visages y gestos:  
juro á Dios, que yo tambien  
casi conocerle quiero.  
Pues no es mejor, camarada,  
de que este paisano nuestro  
por empeño mio ó tuyo  
se quede en el Regimiento?  
El dice: Soldado yo  
no lo haria por San Pedro.  
Y aquí entran las soflamas,  
los vanos ofrecimientos,

las caricias con ponzoña  
de las Cabos embusteros;  
pues le dicen que será  
en breves dias Sargento,  
y que pasará á Oficial,  
dándole fortuna el cielo.  
El bobo con la esperanza,  
falto de conocimiento,  
juzga que son sus palabras  
como las del Evangelio;  
y dice, que sienta plaza  
con mucho agrado y contento.  
Si pide papel, le dicen,  
que no valdrán algun tiempo  
sus servicios, y será  
mal visto en el Regimiento.  
En fin van á la taberna,  
y al bobo llevan en medio,  
donde despues de alegrarse,  
á las voces se hace de ellos,  
y de esta suerte lo llevan  
donde se halla el Regimiento,  
muerto, suelto, preso, á palos,  
esto bien saben hacerlo.  
Llegando á su compañía,  
él sus males refiriendo,  
le dicen los camaradas:  
tenga paciencia, y silencio,  
que en adelante verá  
marayillas y portentos.  
Ya le vé su Capitan,  
y con semblante risueño  
le dice: pues qué hay, muchacho?  
discurro que estás contento.  
Si señor, aunque quejoso,  
con angustia y sentimiento.  
Pues hombre, cómo no hablas?  
pues á fé te lo prometo,  
que todos á mí me estiman  
por lo que soy justiciero.  
Le visten luego al instante,  
dándole por mas acierto  
el fusil, la bayoneta,  
la cartuchera, y con esto  
ya le toca entrar de guardia,  
y el Cabo les dice luego:  
caballeros, por San Juan  
palos y planton ofrezco

R. 22. 257

á cualquiera que faltase  
en llamándole al momento.  
Le nombran de centinela,  
y el Cabo le dice luego:  
sabe usted lo que hay aqui?  
pues oiga, que se lo advierto:  
si viniere alguna gente,  
de la cabeza el sombrero  
no lo quite, si no viene  
el divino Sacramento.  
Entonces una rodilla  
debe doblar hasta el suelo,  
con la boca del fusil,  
devotamente compuesto;  
y cuando venga la Ronda  
me avisará lo mas presto.  
Saliendo de este trabajo,  
al cuartel se va corriendo,  
reconoce la muchila,  
pecunia pide al Ranchero,  
el cual le dice, tendrá  
otro dia el mismo empleo.  
Y en saliendo dé la guardia,  
le dicen: á comprar luego,  
que es menester que se enseñe;  
y porque el rancho sea bueno,  
comprará carne y tocino,  
garvanzos con sus fideos,  
especies y tambien sal;  
y mire, que con acierto  
lo egecutará curioso.  
porque lo contrario haciendo,  
el palo se hará pedazos,  
y usted mal visto; y con esto  
baja el pobre sus orejas,  
y egecuta lo dispuesto.  
Saliendo de aqueste afan,  
le nombran de Cuartelero,  
donde le entregan la escoba,  
las ollas y los pucheros,  
los porrones y la alcuza,  
la lámpara y el mechero;  
y le dicen de palabra:  
de aqui por ningun pretesto  
ninguno sacará ropa;  
las armas de los armeros  
no las tomará ninguno,  
sin consentimiento espreso

del señor Cabo de escuadra;  
y tambien con pronto anhele  
si hubiere alguna quimera  
la evitará con acierto;  
y usted de aqui del cuartel  
no ha de faltar un momento.  
El pobre que oye lo dicho,  
hace mencion de aquel tiempo,  
antes que sentara plaza.  
En fin la noche viniendo,  
el Furriel dice: señores,  
mañana todos los nuevos  
irán á hacer egercicio;  
y porque se enseñe luego,  
por tiempos se mandará.  
El otro dia viniendo,  
entrega á otro el cuartel  
con los ya dichos preceptos,  
y por no errar lo mandado,  
los trastos se va poniendo;  
y un Cabo de escuadra dice:  
vamos breve por San Pedro,  
y cuenta en poner cuidado,  
que pronto despacharemos.  
Estando en el egercicio,  
por cualquier mal movimiento,  
el Cabo luego se enfada,  
y dice: viven los cielos,  
os quebrantaré los brazos  
sino los moveis ligeros.  
Llegando á las medias vueltas,  
por la derecha diciendo,  
se rehacen por la misma:  
entonces el baston diestro  
anda sobre las costillas,  
como en burros de arriero.  
Ya pasados muchos dias,  
nombran á todos los viejos,  
y el Furriel le dice: Juan,  
usted que ya se halla diestro,  
es menester de que vaya  
donde van los compañeros.  
Egecuta lo mandado,  
y llegando á puesto espreso,  
forman las mangas, y llega  
el Ayudante severo,  
repara todas las filas,  
y viendo no están derechos,

á los Sargentos dá voces,  
y les dice: igualen luego  
esas filas, porque yo  
no puedo estar en dos puestos.  
Obedecen lo ordenado,  
las mas veces advirtiéndolo,  
que lo que uno bien compone,  
el otro deshace luego:  
donde muchos hay que mandan  
no puede ser con acierto  
bien hecho lo que se hace,  
por ser contrarios, y en esto  
lo mas del tiempo se pasa  
con voces y con reniegos;  
y el pobre de Juan Suizo,  
martirio está padeciendo,  
teniendo al hombro el fusil,  
como un papa-natas hecho.  
Luego el manejo del arma  
con presteza se vá haciendo,  
y acabado, prontamente  
toman el camino luego  
del cuartel, donde le dicen,  
limpie el fusil con acierto,  
porque se pasa revista,  
y ha de ir como un espejo.  
En fin con estos regalos  
se pasa lo mas del tiempo,  
sin poder oír una misa,  
por cumplir con los preceptos  
de la milicia, que son  
sobre todos los preceptos.  
No quiero pues decir mas,  
que fuera cosa de cuento,  
y molestar á quien oye  
mis disonantes acentos:  
solo me falta el decir  
que pasándose algun tiempo  
unos con otros murmuran  
de nuestro Juan lo que cuento.  
Si come mucho, le dicen,  
que es un gloton en extremo;  
si no come, miserable;  
y si conserva el dinero,  
que es un gallego, le dicen,  
apretado como acero.  
Si oye misa, papa-santos;  
si habla, le dicen parlero;

sino habla, que es un burro;  
si juega, que es un fullero;  
sino juega, que no saben  
á donde emplea el dinero;  
y si anda un poco aseado,  
bien peinado, y con acierto  
dirigidas sus palabras,  
murmuran de este, diciendo,  
que es algo desvanecido,  
y un Cupidillo sin seso;  
y si lo contrario hace,  
desaliñado en extremo.  
En fin me dejó otras cosas,  
que aquel que fuere discreto,  
bien las podrá discurrir,  
sin notarlas, porque entiendo,  
que nunca se acabaria  
de escribir en mi proceso.  
Pasándose muchos años,  
de Cabo le nombran luego,  
y egercitando este afán,  
todos murmuran desprecios,  
y en muchos corrillos dicen,  
si habla alto, que es severo;  
sino habla, que es un mandria;  
y si castiga, aunque cuerdo,  
que es un verdugo, le dicen,  
y falto de entendimiento;  
sino castiga, afligido  
y tímido, dicen luego.  
Pásanse asi algunos años  
en este trabajo adverso,  
donde se pierden las vidas,  
y se quebrantan los huesos.  
Despues por leve motivo,  
que egercutó sin acierto,  
verán le quitan la escuadra,  
y queda soldado nuevo;  
y es cuando se vé abatido,  
de desdichas todo lleno.  
En esto viene á parar  
el que llega á hacerse viejo:  
que si yo me viera libre,  
por imposible lo veo  
me volviesen á apresar  
en este afán tan perverso.  
Y asi, el que se vea libre,  
guárdese de aqueste riesgo.